

EL PENALTI

Estás erguido en el césped, tan estático y solitario como un tótem sin bandera. Un sudor frío baña tu lívido rostro; una presión viscosa contrae tus sentidos, tus vísceras, tus miembros, todo tu cuerpo. Escrutas desconfiado el enfervorecido entorno que te rodea; espiras con tensa fruición el ambiente impregnado de pasión y orquestado por un griterío ensordecedor que trasmina tus tímpanos, penetra por tus poros y horada tus pulmones.

Miras suplicante al árbitro de la contienda, a los jueces de línea... La final de copa, que tu equipo y tú teníais ganada, puede torcerse en el agónico epílogo de la prórroga merced al maldito penalti señalado que deberás detener o despejar para evitar que el balón cruce la línea de gol que defiendes. De ti depende eludir el empate y conquistar el título que tus compañeros y tú —¡siempre tú!— teníais prácticamente en el bolsillo hasta hace un instante.

Observas, nervioso y compungido, el frenético ir y venir de tus colegas rodeando, asediando al colegiado principal, engulléndolo en un corro deforme, y que a ti, en tu amorfa realidad, se te antoja como fantasmagórico aquelarre... Sólo escuchas con atropellada periodicidad, no sabes de quién, un “tranquilízate”, “relájate”, “¡lo vas a parar!”... Palabras de aliento que, lejos de aliviarte, te sobrecogen por su sonido metálico, por su gélida cavidad... Te ves y te sientes como el máximo responsable, y esa responsabilidad te atenaza, te inunda, te puede... Y de pronto te evades, mentalmente te evaporas del terreno de juego. No resistes la desbocada fuerza centrífuga de tu mente y escapas en volandas con ella, asido a tu desesperación, e insospechadamente aterrizas en una trágica página de tu pasado aún reciente.

Allí, perdido en la nada, la echas de menos. “¿Dónde estás? ¿Por qué no has venido al estadio?”, te preguntas, desjuiciado como un orate, sin hallar respuesta. Rememoras involuntariamente el drama familiar vivido hace apenas un año y que marcó a fuego tu

vida: cuando provocaste el accidente de coche que costó la vida a tu esposa y al feto que llevaba en sus entrañas, el hijo que con tanta ilusión esperabais. Tú no encajas el impacto brutal de la remembranza y te desmoronas. Tras el cruel incidente, no sabes dónde estás, pero adviertes cómo te deslizan por pasillos etílicos. Barruntas la proximidad del quirófano... En el trayecto piensas en tu pasado, en tu infancia, en tus ilusiones por llegar a ser un gran guardameta. ¡Lo has conseguido! Pero el éxito se oscurece con negros nubarrones, nublando en su totalidad tu panorámica vivencial.

Sientes tu palpar desbocado. Las paredes del pasillo corren. Alguien se asoma a tu espacio vital y escuchas la reiterada letanía de “tranquilo”, “todo saldrá bien”, “¡lo vas a parar!”. No sabes discernir, hundido en la sima de tu ambigüedad, si estás en un hospital o en un campo de fútbol. Las lágrimas inflaman tus párpados, pero no puedes llorar: un nudo de indefinibles sensaciones lo impide. “¿Dónde está Amanda? ¿Qué ha sido de ella?”, preguntas. Pero no obtienes respuesta...

—¡Dios mío, Dios mío! —invocas en un suspiro a quien hace tanto tiempo tienes olvidado—. ¡Ayúdame! ¡Ayúdala! ¡Ayúdanos!

De pronto vuelves en sí, regresas al presente tras la vertiginosa incursión por tu sangrante pasado. Y adviertes, aterrado, que estás en el estadio que alberga la final de copa, rodeado de la locura de los aficionados que se desgañitan en las repletas gradas, ondeando banderas, entonando cánticos desaforados... Te percatas de nuevo, con los latidos de tu corazón al borde de una taquicardia, de la enorme responsabilidad que asumes: intentar detener el balonazo que en breve te disparará desde los siete metros algún jugador del equipo contrario. Y es entonces cuando comparas —y, al hacerlo, hasta dibujas una mueca de ironía en tus labios reseca— la angustia que Antoine Griezmann quiso transmitir en su claustrofóbico vídeo “La decisión” con la que sientes tú en esos momentos de creciente tensión. “¡Para ANGUSTIA, con mayúsculas, la mía!”, sentencias con contundencia.

Imbuido como estás en la vorágine de indescritibles sensaciones que te agobian y que casi te impiden respirar, cuando te quieres dar cuenta de la realidad que te circunda observas como un sonámbulo, estupefacto y anonadado, que el colegiado está indicando saque de puerta desde tu área ante el desatado alborozo de tus futbolistas y el atronador

griterío de los aficionados de tu equipo, que contrastan con la tremenda desilusión de los jugadores del conjunto rival y de sus seguidores, que estallan en acompasados improperios que cuestionan la ascendencia maternal del árbitro del encuentro.

Presa de tu lapso, ni te habías dado cuenta: el colegiado, tras haber consultado finalmente el VAR presionado por el tenaz requerimiento de tus compañeros —que le señalaban insistentemente a uno de los jueces de banda—, ha rectificado su primera decisión y decretado, en efecto, saque de puerta. Y así lo haces: golpeas con fuerza el balón con tu pie izquierdo y sigues con la mirada pegada al esférico su trayectoria oval, mientras casi al instante escuchas los tres pitidos que señalan el final del partido. ¡Eres campeón de copa!

Corres llorando a abrazarte con tus jugadores. Todos piensan que tus lágrimas son producto de la emoción desbordada por la exultante alegría. Todos menos tú... “¿Dónde está ella?”, te flagelas con saña. “¿Dónde estás, Amanda?”, gimes inútilmente embalsamado por vítores de “¡campeones!, ¡campeones!, ¡campeones!”.

Y entre el incontenible alborozo de tu afición y los abrazos emocionados de tus propios compañeros, no puedes evitar que a tu mente acudan aquellos versos de Mario Benedetti que despertaron tu resiliencia en el sepelio de tu esposa: *“no te rindas, por favor no cedas, / aunque el frío queme, / aunque el miedo muerda, / aunque el sol se ponga y se calle el viento...”*